

DEL ANALISTA A LA FUNCION DE...

El 1 de mayo de 1932, Ferenczi escribía en su diario clínico: “ ¿ Quién está loco, nosotros o los pacientes?(¿Los niños o los adultos?).

Una pregunta: ¿ Freud está realmente convencido, o bien se fuerza a una crispación teórica exagerada para protegerse contra su autoanálisis, es decir, contra sus propias dudas?”.

Al día siguiente, 2 de mayo, escribe: “ Por momentos se tiene la impresión de que una parte de lo que se llama situación de transferencia no es, en realidad, una manifestación espontánea de las emociones del paciente, sino que es creada artificialmente por medio de la situación engendrada por el análisis, es decir por medio de la técnica analítica; al menos la interpretación, quizás exageradamente acentuada por mi y por Rank, de que cada hecho particular primero en el sentido de un afecto personal respecto al analista, es susceptible de crear una especie de atmósfera paranoide que un observador objetivo podría describir como delirio narcisístico, incluso erotomaníaco del analista“.’

Planteadas estas cuestiones como deriva de la propia relación transferencial de Ferenczi como analizante de Freud, ponen en evidencia la complejidad de ese al menos dos que Lacan supone en cada analista, el que realiza su práctica y el que reflexiona acerca de ella. Si una barra fuese la escritura apropiada para indicar esta escisión, la misma letra con que tanto en el sujeto como en el Otro, se muestra el lugar de lo Real, la barra estaría escribiendo un litoral entre dos campos, el **del analista** en la experiencia y la extracción de una **función de analista** como modo de dar razones de la experiencia.

Curiosamente, esta crispación teórica que Ferenczi denuncia en el año 1932, retorna en los años cincuenta, entre otros en la pluma de Lucy Tower, quien polemiza con la presión y la condena que desde la supervisión se ejercía sobre toda afección del analista respecto del analizante en la experiencia.

Como Platón, que advertía a los filósofos del riesgo que los poetas representaban para el logos, **del analista a la función de**, son términos que indican el lugar de una tensión en el que la barra, como escritura, señala el lugar de lo Real. O, ¿ acaso que la transferencia desencadene una atmósfera paranoide, o se produzca un deslizamiento erotomaníaco, invalidan la lectura de la experiencia? En definitiva, para Freud, la abstinencia tenía límites, razón por la cual cabe preguntarse si esa presencia de aquello que no puede ser combatido en ausencia o efigie se localiza dentro de esos límites o es resultado de un efecto de torsión respecto de los mismos.

En el recorrido de algunos textos de Lacan, encontramos sin especificación el uso indistinto respecto de deseo, angustia o goce de las partículas de o del cuando se refiere al analista. Cabe sin embargo intentar alguna apuesta de lectura partiendo de la barra como letra para dar a la presencia del o de analista alguna dimensión. Siguiendo esa antigua distinción medieval, entre gracia suficiente y gracia eficaz, se decía que la primera hace a la condición de posibilidad de la gracia, la segunda la realiza entonces, parafraseando a Lacan, podríamos decir que la presencia REAL- iza el que haya habido analista.

Partiendo de Nacht, cuya versión de presencia resulta a Lacan edulcorada y descartable. Propone en su lugar (Seminario XI), la presencia del analista como manifestación del inconciente no pudiendo separar el concepto de inconciente de la presencia del analista. En el medio una aclaración, “ ya que de esencias me han llevado a hablar”

Otro modo de caracterizar a la presencia es su condición de ininterpretable.

Visto de este modo, el tema de la presencia abre a diferentes cuestiones que atañen a las particularidades del campo del psicoanálisis y a los modos en que se modula la relación entre saber y verdad, en cuanto conciernen a la práctica como al problema de la transmisión.

1. En 1964, Louis Althusser saluda al Lacan lector de Freud por su rigurosidad en definir el psicoanálisis por su objeto, el estudio del inconsciente, y por este paso: “ Si el psicoanálisis es una ciencia, al ser la ciencia de un objeto propio, será una ciencia estructurada como cualquier otra...”

Frente a esta lectura de Althusser, el psicoanálisis como ciencia de un objeto, el inconsciente, Lacan incluye en el concepto de ese objeto, la presencia del analista. El concepto como representación deviene así una co-representación del objeto en cuestión y del sujeto ante el cual hace su presentación.

El término presencia, con su derivación en griego de ousia, esencia, pone el acento en el **participar en**, quizás concordante con la respuesta que formula frente a la pregunta de cual es su filosofía. Lean a Plotino, dice en el Seminario XI. Plotino propone una relación que llama enosis en la cual se desvanece la distinción sujeto/objeto y se disocia conocimiento y teoría.

Pero es Heidegger el que puede asistirnos para dar extensión al problema. En su seminario sobre Nietzsche propone algunas reflexiones a partir de una frase de Protágoras: “el hombre es la medida de todas las cosas”, que en la modernidad deriva en el ego del cogito cartesiano.

En Protágoras, el yo se determina por la pertenencia, cada vez delimitada, a lo no-oculto del ente; el ser tiene como carácter esencial a la presencia; la verdad es experimentada como no-ocultación; medida tiene el sentido de moderación, justa medida de la no-ocultación.

Heidegger se pregunta entonces por la procedencia de esta soberanía del sujeto bajo la cual se orienta la comprensión de la modernidad. El equívoco tendría su origen en la traducción del hypokeimenon como subjectum, lo subyacente. De este modo, el helénico ¿qué es el ente? Se transforma en la cuestión concerniente al fundamento absoluto de la verdad.

En este contexto, si presencia del analista apunta a lo esencial de su posición, viene a quebrar toda aspiración a verdad absoluta alguna en la medida en que define un campo tal que, guardando la apariencia de dos términos (analista - analizante), desdibuja los límites sujeto-objeto de la experiencia y toda diferenciación en su seno, es producto de una co-representación, conjugable en el tiempo del futuro anterior. De alguna manera, la certeza cartesiana se desplaza de la duda a un cogito cuya secuencia sería deseo - pienso (reprimó) - soy.

Por esta vía, entre otras, Lacan (Seminario 18, clase 2) apoyándose en Aristoteles traza una homonimia entre ousia y real, por ser la ousia en Aristóteles no pasible de ser atribución alguna, no es decible. Se sigue de aquí, que en tanto real, la presencia no reconoce dimensiones, puede tomar alguna dimensión en tanto anudada.

Entonces, del analista o de analista sólo pueden diferenciarse por un efecto de torsión moebiana, en que interior y exterior son parte de un mismo recorrido. “ Los efectos de la articulación , algebraica, del semblant como tal, no se trata más que de letras, es el único aparato por medio del cual designamos aquello que es real, lo que es real es lo que hace agujero en este semblant.”.

2. Para trazar esta articulación algebraica, designa funciones : angustia, deseo. Para Rene Thom, la noción de función viene a resolver una tensión entre determinismo e indeterminismo: “ El interés esencial de la noción de función es separar brutalmente estos dos

aspectos poniendo el aspecto indeterminado en lo que se llama la variable y el aspecto determinado en la correspondencia que hace pasar del valor de la variable, el valor del argumento x , al valor de la función y ." En tanto esta operación supone un aplastamiento, se crean singularidades para la función, puntos críticos.

Hacer función de deseo, o angustia, supone una torsión respecto de la empiria del sensorium o de la idealidad metafísica del continuo, emprendiendo la vía de una lógica algebraica.

En procura de esta articulación, el Seminario X puede proporcionar alguna orientación. En primer lugar la temporalidad en la transferencia y los límites de Freud al no percibir aquello que había que analizar en la relación sincrónica del analizado al analista, en tanto abre al espacio que determina la función del objeto parcial, a diferenciar del objeto de amor.

En un sentido restringido, podemos decir, a esta altura, que la presencia queda articulada a lo que Freud llamó *libido objetal* en tanto "es a saber, entre el sujeto y el Otro, si la angustia no es el modo de comunicación tan absoluto, que en verdad uno se puede preguntar si la angustia no es, al sujeto y al Otro, lo propiamente común".

En cuanto al deseo, si este es producto de la angustia como mediana, ¿qué dimensión toma como función en la experiencia? Si el fin de un análisis no produce un sujeto analizado sino un habiendo sido analizante, cabe preguntarse por los alcances del saber que se alcanza con el fin de la experiencia. ¿Es que el deseo de analista, en tanto función, no es, como todo deseo, deseo del deseo del Otro?

La posición de analista en la experiencia, supone entonces, el embarazo como efecto de estar tomado en un goce que no le es propio, siendo una letra "en souffrance", como cuerpo donde reverberan las trazas de la represión originaria. Espacio sin sujeto, en que la barra parece ser la letra que conviene.

De este modo, el problema de la terapia recíproca (Ferenczi) o de la contratransferencia (Little, Tower) se resuelve en Lacan por una vía lógica.

Si el fin de un análisis, supone un sujeto advertido de su deseo, no resulta sencillo darle su peso. Sobretudo, si el advertido que recae sobre el deseo es "un sujeto advertido de aquello que no podría pensar como constituyente de toda acción suya". Se trata, no de una acumulación de saber, sino de un cambio en relación al saber.

El Seminario XV, así como algunos escritos de esa época, procuran establecer la articulación entre la función deseo de analista y el saber. El recurso es la negativización del saber, es decir no ausencia de saber sino "un no saber ahí", en el tiempo del acto.

Así, la presencia parece jugarse en la figura de un "falso ser" producto en la estructura del no pienso: "... ese "falso ser" es el ser de todos nosotros. Nunca está uno tan sólido en su ser como cuando uno no piensa, todos lo saben."

Como todo acto, fallido, sintomático, requiere de una presencia, el acto psicoanalítico requiere de una presencia en la forma del falso ser para hacer lugar a la *libido* que Freud llamó *objetal* y que Lacan inventa como objeto **a**. Operación que Lacan formaliza con el semigrupo de Klein en el giro del no-pienso al vértice inferior izquierdo, lugar de **a**.

En este sentido, el acto analítico queda bajo la especie de los actos, siendo su especificidad la presencia de analista en tanto se presta en la experiencia a perforar el lugar de **a**. Se cumplen por tanto las condiciones de todo acto, se significa a sí mismo y el sujeto se desconoce como agente del mismo.

En esta indeterminación, solo queda lo que Pierce llamaba la potencia del signo, no es necesario que este envíe una representación, es suficiente con que alguien le sospeche un sentido.

El signo, lo que representa alguna cosa para alguien, que la tradición consideró eficaz para despejar la relación sujeto/objeto, nombrando al "alguien", Lacan indica una relación en que

no hay lo uno sin lo otro, no hay humo sin fuego, con lo cual, por la doble negación se vacía toda realidad empírica y la sintaxis del no queda como operador que articula signos. En estos términos, del alguien y el algo puede situarse la presencia del analista, en tanto negativización bajo la forma del no saber ahí o del no pienso.

Mauricio Szuster
Marzo2005-03-22